

ENRIQUE VILA-MATAS. *EL MAL DE MONTANO*

Barcelona: Editorial Anagrama. 2002

Luis Alfredo Álvarez Ayesterán

La enfermedad literaria es uno de los tópicos más recurrentes desde que ha habido una reflexión crítica y en crisis sobre los modos de representación estética. Desde los viajes intertextuales de un Cervantes o un Sterne, pasando por los espejeos de Proust o Borges, la narrativa moderna es un encuentro constante con los cantos de las sirenas: una evasión que termina por devorar a los aventureros que deciden romper los límites de la realidad con alusiones textuales.

Dentro de esa tónica se presenta *El mal de Montano*, una novela cuyo eje gira alrededor de la epidemia literaria: la voz narrativa de un especialista que se construye un mundo donde se asume los pensamientos de autores reales e inventados que han tenido como norte la desaparición dentro de la literatura. Este es el caso de Montano, nombre del imaginario hijo del narrador protagonista, quien le sirve para justificar la enfermedad de una «ataraxia» literaria y su consecuente agrafia. La paradoja sobreviene cuando la novela se convierte en una extensa reflexión sobre la hermenéutica del sujeto y su búsqueda de sí en la lectura dentro del marco de un diario íntimo. Por sus páginas pasan los nombres de una biblioteca plural de autores que fueron consumidos por su pasión literaria y anacrónicamente fueron víctimas del mal de Montano, pero que sirven de guía a su protagonista para emprender el viaje de un autoconocimiento.

Vila-Matas establece como poética de sus novelas el hecho de que para desaparecer hay que convertirse en literatura. Con ese principio de pureza se envuelve al texto en un círculo vicioso que acentúa la infección mortal de sus personajes. Desde *Bartleby y compañía* (2001), pasando por *París no se acaba nunca* (2003) y llegando hasta *El doctor Pasavento* (2005), Vila-Matas no ha hecho sino sacar a luz el encuentro suicida con la literatura cuando se le asume como parte de la experiencia vital. Ya Blanchot, epígrafe obligado en la novela, en su *Libro que vendrá*, afirmaba que todo acercamiento con lo imaginario era un encuentro con la locura y la muerte. Por eso quizás la novela hay leerla como un homenaje a aquellos escritores que no se amarraron al mástil cuando escucharon el canto y se fueron a luchar con molinos de viento. Principalmente un reconocimiento al autor suizo Robert Walser (1926-1997), escritor de sugerentes textos como los *Microgramas* y la figuración kafkiana de la novela *Jacob von Gunten*.

Vila-Matas logra hacer de la novela, ganadora además del premio de narrativa Herralde, el espacio de las posibilidades discursivas y el lugar donde converge la historia literaria como un espiral. Genéricamente, *El mal de Montano* se presenta como un texto híbrido en el cual podemos encontrar el ensayo, la citación, el diario, el diccionario, el discurso amoroso, la reseña literaria y, sobre todo, la ruptura entre lo real y lo inventado. La novela, de esta forma, se renueva desde su enfermedad y hace de la literatura un hecho orgánico. Leer, en fin, a Vila-Matas es aceptar lo inevitable: toda aproximación a los libros es una peligrosa aventura a perderse en la otredad literaria y a desdibujar, como consecuencia, las identidades.